

**Miguel Ángel Tenreiro**

**El viejo  
homeópata  
(1999)**

 yeshaliteraturaEdiciones



**El viejo  
homeópata**

(1998)



# El viejo homeópata

## I

Al viejo homeópata no le gustaba andar rememorando, pero últimamente le venían a la mente los tiempos de su niñez —a principios del siglo XX— y sus enfermedades recurrentes que lo postraban durante semanas, con dolores y ahogos que lo mortificaban, con la angustia de su madre que lo hacía sentir culpable, en una época en la que no existían los antibióticos, que apenas comenzaban a utilizarse los rayos X, y la anestesia segura todavía era una ilusión de médicos emprendedores. ¡Si apenas terminaba de imponerse la asepsia! En estas condiciones una neumonía era frecuentemente mortal, y una apendicitis siempre. Su doctor, a pesar de que era un gran médico, les cobraba muy poco a sus padres para que no tuvieran dudas en llamarlo cuando fuera necesario. Cuando él entraba, por el solo efecto de escuchar su jovial vozarrón retumbando en la casa, se sentía mejor. Daba la impresión de que todo lo sabía, todo lo dominaba con su conocimiento y sus padres lo trataban no solo con respecto, lo trataban con veneración. La imagen de aquel hombre había constituido una influencia decisiva en su vocación, y también la indefensión por la que había pasado durante los más penosos episodios de sus sucesivas enfermedades. Con el tiempo se fue volviendo cada vez más fuerte, pero nunca olvidó los sufrimientos de aquella época, y le fueron muy útiles a lo largo de su vida profesional porque le permitían no perder de vista

que cada paciente era un ser sufriente íntimamente ligado a él que necesitaba de su ayuda. Así había tratado de vivir, por estas razones y por muchas otras. ¡Si lo pudiera ver su médico de entonces, si hubiera podido saber que casi un siglo después su endeble pacientito todavía andaría por este mundo!

## II

Ya no podía hacer nada por ella. La nena tenía apenas tres años, y se moría. Carla era la doctora que manejaba el caso, se había recibido hacía poco más de seis años, tenía bastante experiencia pero todavía no se acostumbraba a estas cosas. Ella era pediatra en una importante clínica de la Capital, y había visto morir a mucha gente, pero esta nena tan delicada, tan bonita, tan como debió haber sido ella a esa edad, despertaba en ella una ternura y un interés por su bienestar, que siempre había tratado de evitar con sus pacientes como una manera de protegerse del desgaste emocional. La nena venía cayendo sin pausa por un tobogán de decadencia prematura que nadie había sido capaz de detener. Hasta ayer pellizcaba rítmicamente la sábana con los dedos de una mano. Carla sabía que era un movimiento inconsciente, un síntoma neurológico más de los tantos que se acumulaban. Hacía una semana que estaba aquí, venía de un hospital público a la mejor clínica de Buenos Aires, donde sólo habían podido acompañar el agravamiento constante. Había tenido muchísimas convulsiones los días anteriores, los estudios no demostraban que hubiera alguna lesión en el sistema nervioso, había recibido prácticamente todo medicamento que existiera a disposición de la medicina, que no hacían ningún efecto. Los cultivos no habían identificado ningún microorganismo, aunque todos hablaban de un posible virus como responsable de la enfermedad. Carla había terminado su turno en la clínica y ya se iba a su casa. Aunque el jefe de piso —el doctor Álvarez— había sido el en-

cargado de desahuciar a la niña ante sus padres, ella no podía superar su malestar. “La ciencia ha hecho todo lo posible”, les habían dicho. Ella sentía que también había puesto todo lo que sabía al servicio de la nenita, pero no había alcanzado.

Cada vez que las enfermeras y las mucamas se referían a este caso, podía notarse en la expresión y el tono de sus voces la impotencia. Tantos avances científicos, tantos aparatos, tanto esfuerzo y no pudimos hacer nada, decían. Una de las enfermeras reponía el suero y Carla se despidió.

—¿Ya te vas? —le dijo.

—¡Hace más de 12 horas que estoy acá! —contestó Carla entrando como siempre en la provocación burlona. Mientras más tiempo alguien trabajaba sin descanso, mientras más agotado, más ineludible era el “ya te vas”. Y alejándose por el pasillo Carla agregó:

—Esta paciente me está destrozando anímicamente.

—¿No se salva?

—Ni por milagro.

—Lástima, puede estar mucho tiempo así, ¿la van a mandar abajo con los caños? —preguntó la enfermera en su jerga hospitalaria, refiriéndose a un pequeño pabellón cerca de la morgue, en el que acumulaban a los incurables que sólo esperaban cambiar de habitación.

—No, es muy chiquita, si aguanta la noche la van a pasar a terapia intensiva y allí va a parecer que están haciendo algo más que esperar.

—Como hacen los cirujanos, a ellos nunca se les muere nadie en el quirófano, ¡mandan cada fiambre a terapia intensiva!, total, lo conectan a la máquina un rato y listo. Son tan soberbios como eficaces —terminó la enfermera. Carla contestó con un suspiro y se fue.

Caminaba por las calles bien iluminadas del centro de la ciudad, mirando si venía un taxi y pensando “Con un poco de suerte morirá durante la noche y mañana podré retomar la rutina, no tendré que comunicarles la noticia a los padres, no tendré tampoco que ver los ojos de la madre siempre tan abiertos, tan asombrados a pesar que esto empezó

hace ya más de un mes, con un poco de suerte cuando vuelva a la tarde, se habrán llevado el cadáver, la nena no sufrirá más y yo tampoco”.

### III

Prefirió caminar un rato antes de tomar un taxi, se le había hecho costumbre, necesitaba caminar aunque en esas calles no hubiera árboles, aunque las veredas estrechas y mugrientas del centro de la ciudad la quisieran ahuyentar. Era tarde pero todavía había gente en la calle bien iluminada. Tenía que sacarse al hospital de encima antes de llegar a su casa. Gerardo estaría durmiendo, él también era médico, sabía muy bien cómo son estas guardias. Habían decidido esperar a que sus carteras estuvieran encarriladas para tener hijos. Él se había recibido un par de años antes que ella y se dedicaba exclusivamente a hacer reemplazos de cadera. Hablaba de su especialidad como lo haría un mecánico para cambiarle una pieza a un auto. Ella ya había terminado su especialización en terapia intensiva. Siempre había querido ser doctora como su papá. La imagen omnipresente de su padre, había configurado su destino. Fue un gran logro el día en que se recibió y que su padre la vio convertida en una colega. Había concretado su vocación pero, ¿era suya realmente? Si su padre no hubiera sido médico, si no se hubiera criado en ese ambiente, ¿hubiera surgido en ella la vocación como necesidad irrefrenable? Había escuchado a mucha gente decir que si no se dedicara al arte, a la medicina, a la enseñanza, no podrían vivir. También había escuchado explicar las malas condiciones de trabajo y las magras remuneraciones con un “y bueno, es su vocación”, como si una cosa justificara la otra. Se había dado cuenta de que cuando otro habla de tu vocación, es para cagarte. Ella ya no creía que la vocación existiera, en todo caso era algo personal en lo que nadie debería meterse. Ahora que se había ganado un puesto importante en el hospital, ahora que era respetada por sus colegas, ahora que estaba el camino abierto, se acrecentaba en ella una

sensación de angustia que no sabía de dónde venía ni a qué se debía. Por lo menos había logrado dejar de pensar en el caso de la nena que agonizaba en el hospital. Esa esperanza que había sentido antes de salir de allí, de que posiblemente mañana la nena habría muerto, que otro tendría que dar las malas noticias y las explicaciones científicas imposibles de entender para quienes la habían amado, la culpa por querer preservarse a sí misma, impedir un acercamiento con los padres y mantener una actitud profesional fría, distante, que le permitiría estar en mejores condiciones de tomar decisiones médicas. ¡Pavadas!, trataba de protegerse a sí misma mientras una criatura moría. ¿Qué otra cosa podía hacer? No sabía, no importaba. Su marido, en el quinto sueño, ni siquiera se iba a enterar de que había llegado. Al día siguiente entraba en el turno de la tarde, y todo habría terminado, al final del día se habría olvidado de ese caso, como le había pasado con muchos otros, incluso con algunos que daban más para la culpa porque había metido la pata. En este no, aquí no tenía más culpa que la que ella se inventaba. Así fue a dormir, con la paz de los que han obrado bien, con la tranquilidad de los que no saben.

## IV

—¡No se la puede llevar así! —le decía el doctor Álvarez al papá de la nena.

—Ya firmé los papeles para retirarnos sin el alta.

—¡Pero se va morir!

—¿Si la deajo va a vivir?

—Por lo menos va a estar bien atendida.

—Prefiero que muera en casa, usted me dijo que ya no había posibilidades.

—Es cierto —dijo el doctor Álvarez— pero si se produjera una pequeña mejoría podríamos aprovecharla para convertirla en una mejoría mayor y así ir viendo qué podemos hacer.

—Está decidido —dijo el padre— ya sé que usted hizo lo que pudo, pero nos vamos a casa.

Terminado el papeleo el padre envolvió a la nena en una frazada, y junto con la madre subieron al coche de un amigo pero no fueron a casa, fueron hacia las afueras de Buenos Aires, donde vivía otro médico, un viejo del que le habían hablado muchas veces. Era bastante cerca de su casa pero iba a ir a verlo por primera vez ahora, con su hija agonizando. Él sabía que era posible que el viejo ya estuviera retirado de la práctica de la medicina, pero no le iba a dar oportunidad de nada, le iba a caer en la casa de improviso y le iba a pedir que por lo menos intentara algo, algo más que lo que habían hecho hasta ahora, algo distinto, en lo que el viejo homeópata se había destacado toda su vida. ¿Estará en su casa, lo recibirá, aceptará atender a la nena en estas condiciones? El dinero no era un problema, pero seguramente para este hombre tampoco. Llevando el cuerpo devastado de su hija en brazos, tenía que intentarlo todo.

## V

Llegaron hasta el chalet de tejas rojas y jardín. Siempre le había gustado ese barrio, tan residencial y tranquilo. El padre se bajó y tocó el timbre. Lo atendió una señora. Su esposa los miró desde el coche tratando de adivinar lo que decían. El hombre gesticulaba hablando en voz baja pero con ansiedad. Finalmente la mujer entró a la casa, volvió unos minutos después y lo hizo entrar. La siguió por un laberinto de antigüedades. Muebles de otros tiempos, de calidad y bien cuidados, mantelitos bordados a mano, pisos de madera lustrada, hasta llegar al amplio consultorio con las paredes cubiertas de libros, una vieja camilla y algún material médico que debió haber sido un lujo medio siglo atrás, dejado distraídamente en una vitrina impecable, todo antiguo y en condiciones de uso, como si todas esas cosas fueran nuevas. Y ante

un enorme escritorio de madera maciza, con más de 20 libros desparrramados en su superficie, él le clavó los ojos por sobre los anteojos de leer. Debía tener más de 80 años, no era ni gordo ni flaco, de altura media, el pelo algo largo y la barba pegada a la cara. Todos sus cabellos eran blancos, inmaculadamente blancos, tanto que por un momento se distrajo extrañado de que el blanco pudiera ser tan blanco.

—Me dice mi sobrina que tiene una urgencia. —Es mi hija, doctor, se está muriendo. —¿Dónde está internada?

—Acá... la dejé en el coche... afuera.

—¿Pero no me dice que se está muriendo? —preguntó el doctor.

—La saqué de la clínica para que muera en casa, con nosotros.

—¿Y la traje acá?

—Quiero que usted intente algo —dijo el padre— vivo a pocas cuabras y escuché muchas cosas...

—Espere un poco, mire que yo no hago milagros.

—No le pido eso, solo que la vea —terminó quebrándose. —Era mejor verla en la clínica —dijo el doctor resignado, y agregó—: bájela.

La pusieron sobre la camilla y abrió la frazada en la que venía envuelta. Muchas décadas dedicadas a la medicina lo habían dejado más allá de las emociones inútiles, así que ni se inmutó. Su nueva paciente estaba tan delgada, que parecía un pequeño esqueleto envasado al vacío en piel de cera que marcaba la forma de cada hueso y dejaba translucir miles de pequeñas venas azules. La revisó durante más de veinte minutos sin decir palabra. Luego, mirando a los padres les dijo:

—Me van a tener que dar mucha información. Puedo intentar medicarla con homeopatía pero comprendan que es demasiado tarde, su fuerza vital está prácticamente agotada. Igual voy a intentarlo pero necesito mucha ayuda, van a tener que ser muy precisos al contestarme. Necesito saber cómo y cuándo empezó esta enfermedad, los primeros síntomas, su secuencia y sus cambios, cómo era la vida de ella antes, su carácter, sus reacciones y gustos. Necesito saber hasta cómo fue la

concepción de la que surge, cómo llevó el embarazo la madre y cómo fue el nacimiento. Habitualmente estoy dos horas conversando de estas cosas con cada paciente, nosotros tenemos solo algunos minutos. No les puedo prometer nada, solo hacer un intento más —concluyó.

Los padres asintieron y estuvieron hablando varios minutos con el doctor, conteniendo su impaciencia ante preguntas aparentemente triviales e inconexas, ante precisiones tan minuciosas como incomprensibles. El doctor quería saber si los dolores empeoraban a la noche, y si le decían que sí, quería saber entre qué horas. Luego quería saber cómo eran, cómo los describía la nena con sus palabras exactas, si le dolía más de un lado que del otro, si se apretaba para sentirse mejor. Quería saber cómo reaccionaba si la retaban, cómo era la relación con su hermanito y que esto y que lo otro. El papá comenzaba a descorazonarse, se había equivocado, ¿qué podía hacer por su hija más muerta que viva este pobre anciano que desvariaba sobre pequeñeces con un interés como si estuviera haciendo el más grande descubrimiento de la civilización? Mientras tanto, el doctor escribía y escribía en una hoja blanca sin renglones, con trazo firme e ilegible. Y llenó una hoja y dos y tres. Cuando el doctor quiso precisiones sobre si le gustaban los dulces y la manteca, y que la sal o el pan, y que cuánto y que cómo, el papá lo interrumpió involuntariamente con un gemido de desesperación. Todos se miraron en silencio unos momentos, solo se oía la dificultosa respiración de la criatura, estertores secos, jadeo trabajoso, boqueadas de moribundo.

El doctor suspiró y se concentró brevemente en sus apuntes. Luego se levantó y sacó de un cajón del escritorio una cajita de madera laqueada con tapa corrediza que contenía decenas de tubos pequeños de vidrio oscuro que contempló pensativo. Sacó uno, y en medio vaso de agua que le había traído su sobrina, disolvió algunas de las pequeñísimas pelotitas de azúcar blanca, revolviendo cuidadosamente con una cucharita dorada. Lo hacía no como quien revuelve el café mientras habla de otras cosas, estaba muy concentrado en la sencilla acción que

llevaba a cabo como si tuviera un profundo significado por sí misma, como si fuera un ritual de los que hacen los japoneses, en que cada movimiento, cada respiración, cada mirada, tiene su simbolismo y su razón de ser. Cuando por fin terminó, se dirigió hacia la nena y al llegar a ella pareció dudar un instante.

—Hace días que no traga ni el agua —le confirmó el papá. Entonces el doctor le bajó el párpado inferior con el pulgar de la mano izquierda, mientras con la derecha le volcaba una cucharita de la dilución en la conjuntiva. Luego se sentó junto a su paciente y permaneció en silencio quince minutos. Repitió la operación dos veces más. Los padres no preguntaron ni dijeron nada. Ya venían rendidos por el cansancio y la tensión de muchos días, y no tardaron en dormirse sentados en los espaciosos sillones que estaban contra una de las paredes. La respiración de la nena cambió sutilmente, no era tan ruidosa, se había vuelto regular y apenas más profunda. El viejo doctor miró hacia los padres que dormían como desmayados y puso una cucharita más del agua que había preparado, esta vez en la boca de la criatura, que movió la lengua casi imperceptiblemente como si le tomara el gusto a ese líquido. El viejo sonrió apenas, le chispearon los ojos brevemente. Se quedó sentado poniendo el remedio de a cucharitas en la boca de su paciente, una vez cada quince minutos, toda la noche. Con la claridad despertó el papá, eran las seis. Se acercó hasta la camilla con desazón, pero debió gritar alguna cosa cuando sus ojos se encontraron con los de su hija, porque el doctor —que también se había dormido— se enderezó sobresaltado. Ella tenía los ojos abiertos y observaba con indiferencia. De vez en cuando se pasaba la lengua por los labios y respiraba mucho mejor. El papá se inclinó sobre su hija y dijo:

—Pepi, muñequita, ¿cómo estás?

La nena no contestó, ni siquiera pareció oírlo. El doctor miró hacia la madre que seguía durmiendo y pensó “Menos mal, lo último que necesito ahora es el lloriqueo de esta mujer”. Luego se acercó a Pepi con el poquito de agua que quedaba en el vaso y levantándole la

cabeza apoyó el borde en sus labios. Ella fue bebiendo de a pequeños sorbos hasta terminarlo. Entonces el viejo médico pareció excitarse por primera vez desde que le invadieran la casa y la tranquilidad, y le dijo al padre:

—Vamos a la clínica, ¡urgente!

—Creí que allí ya no se podía hacer nada.

—La homeopatía está actuando, ahora necesitamos desesperadamente a la alopatía, suero y otros medicamentos además de los que le voy a dar yo.

—Bueno, ¿me acompaña? —preguntó el papá de Pepi.

—Sí, pero después me trae, ya no estoy para estas trasnochadas.

Entonces el hombre recuperó algo de su aplomo, se acercó al doctor, le estrechó con fuerza la mano y mirándolo a los ojos le dijo:

—Gracias.

—Vamos, vamos, no perdamos tiempo.

Partieron rápido hacia la clínica, el doctor tuvo que aguantar finalmente el lloriqueo agradecido de la mamá de Pepi, que mientras tanto iba mirando todo como si hubiera abierto los ojos por primera vez, como si recién hubiera nacido y no comprendiera nada. Volvía a una clínica en la que no sabía que había estado, envuelta en la misma manta que casi le había servido de mortaja.

## VI

De vuelta en su casa ya muy tarde, el doctor Erraris supo que no podría dormir. Se fue a la cocina a prepararse un café. Trató de no hacer ruido, no quería que su sobrina se despertara porque inevitablemente lo prepararía ella, y se quedaría dando vueltas hasta que él se acostara. Cuando tenía tiempo prefería hacerlo él, con una lentitud y una concentración que lo convertía en un rito y le permitía comenzar a disfrutarlo desde que decidía tomarlo. Era café de filtro, y no le ponía azúcar ni

edulcorantes porque le gustaba sentir el aroma y el sabor verdaderos. Se quedó pensando en el caso que acababa de atender. Sonrió al imaginar la turbación de algún colega enceguecido por su soberbia. En realidad, no le había gustado que le cayeran de sopetón en su casa con esa criatura en tan mal estado. Otros médicos se habrían espantado solo ante la posibilidad de que los pudieran acusar de mala praxis, él no. En una época en que se había puesto de moda entre muchos de sus colegas la medicina defensiva, él, que nunca había sido un cobarde, no estaba dispuesto a comenzar con agachadas como esas cuando ya era viejo y tenía poco que perder. ¿Le duele la cabeza?, ¡una tomografía computada! ¿Prefiere esperar?, entonces nada de lo que pase es mi culpa. Y muchas ínter consultas, eso sí, que el paciente pase por tantas manos que ya no se sepa quién es quién. ¿Quién maneja el caso?, no lo maneja nadie. Bueno, ya estaba exagerando otra vez, no todos son así, también los hay buenos. ¿Podrá ser buen médico quien no es buena persona? No podía concebirlo. Un hijo de puta puede ser un excelente abogado, ingeniero o militar, puede ser un gran artista incluso, pero no un buen médico. ¡Como había cambiado el mundo durante su vida! Tanta maldad como siempre pero muchas cosas buenas habían quedado en el olvido. Esa veneración hacia el maestro por compartir sus conocimientos, la determinación de los discípulos por corresponderle, el hacerse responsables los unos de los otros. Terminaba la noche. Podría dormir unas horas por la mañana, no tenía consultas hasta las cuatro de la tarde, pero esa noche, a pesar de su éxito profesional se sentía más solo que nunca. No tenía a nadie con quien comentar lo que había sucedido, que pudiera entender y analizar con él cada detalle. Sus amigos se habían ido muriendo al igual que los colegas de su generación, sus dos únicos hijos se habían ido al primer mundo y además ellos también eran viejos, y los nietos, extraños para los cuales él era una referencia vaga, lejana y extravagante. No importaba mucho, tampoco. Si hubiera tenido a la familia cerca, seguramente lo estarían molestando a cada rato como Mari, su sobrina. Era muy buena esa solterona y lo ayudaba bastante. Lo quería sin duda y él a ella, pero no

podía comprenderlo. Ojalá que la nena que acababa de atender siguiera mejorando. Si pudiera ver en sus ojos el brillo de la vida, sería como un oasis en el que descansar de tan largo camino aunque ella tampoco entendiera nada. La vida se le había hecho tediosa, no encontraba nada nuevo, sentía que ya lo había visto todo y lo que no, no valía la pena. Le pasaba lo mismo hasta con los libros. Esperó a que el agotamiento lo quebrara para acostarse. Era mejor así para no quedarse pensando en la cama, era mejor así para dormir como quien se va del mundo.

## VII

Cuando Carla volvió a la clínica esa tarde, todavía duraba el re-vuelo. Escuchó con incredulidad el relato de boca de una enfermera: que a la mañana muy temprano la habían traído de vuelta muy mejorada, y habían retomado el tratamiento interrumpido. La enfermera también le advirtió que el jefe de piso estaba de muy mal humor. Carla se puso su guardapolvo y fue inmediatamente a ver a la nena. Aun cuando la tenía delante, le costaba creer que fuera la misma. Respiraba bien, tenía mejor color y dormía relajada. El doctor Álvarez asomó medio cuerpo por la puerta entreabierta, la llamó haciendo una seña con la cabeza y le dijo:

—Te vas a volver a encargar de este caso.

—¡Está mucho mejor! —exclamó Carla.

—No entiendo por qué volvieron acá habiendo tantos otros lugares.

—¿Al final la trató el homeópata?

—Ni me lo menciones, estuvo a la mañana ese viejo choto diciendo no sé qué pelotudeces de unos globulitos, tanto hinchó con eso que al final le sugerí que se los dejara a los padres y que se los dieran ellos, total no creo que la puedan joder más de lo que está.

—Parecen haberle hecho bien.

El doctor Álvarez la miró con severidad y le dijo:

—¿Ahora te vas a hacer homeópata?

—No, nada que ver.

—Mejoró porque mejoró —explicó el doctor Álvarez— si la hubieran llevado a la Virgen de Luján sería un milagro y si la atendía una curandera sería por los yuyos de mierda. El mérito en estos casos es una lotería —siguió— nosotros la tratamos muy bien, no sé si finalmente hizo efecto nuestro tratamiento o si fue una cura espontánea, pero no puedo perder el tiempo especulando; vi este tipo de reacciones varias veces, sin explicación alguna un paciente se cura cuando ya no podemos hacer más nada.

—¿Y en ese caso, quién se lleva el mérito?

—No me rompas las pelotas y mandale a hacer todos los estudios de vuelta, quiero ver bien en qué estamos.

El doctor Álvarez se alejó caminando rápidamente por el pasillo, haciendo flamear el guardapolvo blanco que solía llevar abierto como si fuera una capa. Eso le había valido el apodo de “Batman”, pero no se enteraría nunca, ni del apodo que sus subalternos irónicamente le habían puesto ni de muchas otras cosas. Cuando Carla entró nuevamente a la habitación, las enfermeras ya le habían hecho la vena de vuelta a Pepi, le habían sacado sangre para los primeros análisis y le habían puesto un suero que goteaba lentamente. Todas estas maniobras no parecían haberla molestado en demasía porque seguía durmiendo, pero no en esa inconsciencia tensa de los días anteriores, este era un sueño relajado, confiado, verdadero descanso. Carla miró a la madre que estaba parada junto a la cama y le comentó:

—¡Qué alegría verla tan mejorada!

—Sí, gracias al doctor Erraris, y a usted claro.

—Bueno, la verdad que no lo puedo creer, ¿qué pasó cuando se fueron anoche?

—Se la llevamos al doctor, que le estuvo dando un medicamento en el agua, fue mejorando y a la mañana nos acompañó a traerla. Ya

habló con el doctor Álvarez. Él va a seguir con el tratamiento de la clínica y nosotros le vamos a dar al mismo tiempo unos globulitos.

—¿Y el doctor Álvarez estuvo de acuerdo?

—No le gustó una mier... no le gustó nada, pero al final aceptó; el doctor Erraris fue muy diplomático, elogió mucho su trabajo y le agradeció todo lo que hizo por mi hija, pero no le gustó nada. De todas maneras dejó muy en claro que ni él ni nadie de la clínica le iba a dar ese medicamento, así que al final convinimos en dárselo nosotros ¡ba-jo-nu-es-tra-res-pon-sa-bi-li-dad! —le dijo imitando el tono de mando del doctor Álvarez y su forma de silabear cuando quería intimidar a alguien.

Carla se quedó sorprendida, era la primera vez que escuchaba a alguien que no fuera del personal burlarse del doctor Álvarez. Entonces la mamá se inclinó hacia ella y le susurró al oído, controlando con la mirada que no viniera nadie que pudiera escuchar la confidencia “Me lo dijo Batman”. Las dos rieron tratando de que nadie se diera cuenta. Era extraño, había hablado con esa señora varias veces en momentos en que la angustia la sobrepasaba, sin acercarse demasiado, sin comprometerse con su paciente y sus familiares más allá de lo profesional, como una forma de protegerse de tanto sufrimiento que se ve, pero que no se puede soportar si no se mantiene cierta distancia. Ahora esa mujer le hablaba como si ella fuera una amiga y eso la hacía sentir incómoda. Rápidamente el revuelo pasó y la rutina volvió. Carla seguía muy de cerca la evolución de esta paciente. El doctor Álvarez se enteraba al leer la historia clínica o cuando ella le hacía algún comentario, siempre por iniciativa propia porque a su jefe parecía no interesarle demasiado. Resultaba evidente que algo lo había ofendido. Mientras más mejoraba la nena, más desinteresado se mostraba. Las enfermeras, en cambio, estaban muy contentas e iban a la habitación de Pepi cada vez que podían, a veces con excusas pueriles solo para verla de cerca. El doctor Erraris fue a verla muchas veces también, la primera semana todas las noches, luego cada dos o tres. Hasta ahora

no se había cruzado nunca con Carla. A los ocho días, Pepi se sentó en la cama y tomó algo de sopa con la ayuda de su madre. Ya reconocía, aunque solo contestaba con monosílabos algunas preguntas. Carla averiguó por intermedio de los padres qué noche iría el homeópata a ver a la paciente compartida, y fue especialmente para conocerlo, quizás hablar un poco con él y, por qué no, obtener alguna información sobre el tratamiento que le había hecho. Cuando llegó, la puerta de la habitación estaba abierta y la luz prendida. La nena se había sentado al borde de la cama junto a su mamá, y frente a ellas estaba el viejo médico. Supo de inmediato que era él, se miraron brevemente en silencio pero no para estudiarse, no para hacer esos cálculos instintivos que sin darnos cuenta efectuamos los seres humanos como predadores que somos. Se estaban reconociendo, y aunque habían ignorado la existencia el uno del otro durante todas sus vidas, ambos tuvieron una impresión inmediata de familiaridad. “Debí haberlo conocido en otra vida”, pensó Carla medio en broma.

—Él es el doctor Erraris —los presentó la mamá.

—Y supongo que usted es la doctora...

—Carla, dígame Carla nomás, es un gusto conocerlo, ya era hora.

—Gracias, gracias, me han hablado muy bien de usted Carla.

—Y de usted me contaron milagros.

—Solo algún resultado del estudio y del trabajo.

—¿Es habitual en su práctica este tipo de evoluciones en casos tan graves?

—Así de graves, con mejorías tan espectaculares, muy pocos, realmente muy pocos casos en muchísimos años.

A Carla le agradó, el hombre al menos parecía humilde. Comentaron algunas cosas más y luego el doctor se despidió. Ya quería volver a su casa, se estaba haciendo muy tarde. Le dio un beso a la madre, le estrechó la mano a Carla, y ya desde la puerta miró hacia la cama y dijo “Chau Pepi”. La nena, que parecía estar durmiéndose, abrió los ojos y le sonrió levemente. Era la primera vez que Carla la veía sonreír. Se

encontraron varias veces más. Su sobrina Mari lo llevaba en el auto, él no manejaba hacía tiempo. Era innecesario pero igual se buscaban y charlaban de éste y otros casos.

## VIII

Mari hacía años que vivía con él. Lo cuidaba y le hacía de secretaria durante los horarios de consulta. A decir verdad, también administraba lo que el doctor ganaba, que era bastante. El doctor nunca había sabido lo que valían las cosas ni le interesaba. Ella hacía las compras, le cocinaba y se encargaba de la limpieza. Hasta la ropa le compraba, ya que conocía muy bien los espartanos gustos de su tío, y éste, mientras en menos menesteres se viera involucrado, mejor. La noche en que le llevaron a Pepi, Mari supo que tendrían por delante una de esas consultas heroicas que su tío de tanto en tanto encaraba. Sabía que él no se negaría a atenderla y que ella tenía que desaparecer de la escena para no interferir siquiera como observadora. Estas cosas, su tío nunca había tenido que pedírselas, ella las adivinaba. Mari no se extrañó tampoco cuando se enteró de que todo había salido bien. No se lo dijo nunca, pero estaba orgullosa de él, no solo por lo que era capaz de hacer, sino por cómo vivía su vida sin importar los mandatos sociales ni las modas ni nada que no tuviera que ver con sus decisiones personales. Ella podría haberse ido a vivir sola, pero las pequeñas excentricidades de su tío no la molestaban. Pensaba que lo que él hacía era tan importante que valía la pena ser parte de ello, aunque sólo abriera la puerta, tomara turnos o cobrara los honorarios. Se habían acostumbrado uno al otro y así estaban bien. Mari tenía más de cincuenta años, soltera y sin hijos, por lo que era vista como una de las solteronas del barrio, pero había vivido lo suyo. En su juventud había estado juntada y tenía un hijo. También había viajado buscando en la distancia el sosiego que finalmente encontró junto a su tío. Los demás pensaban que todo lo que sabía de la vida era lo que hoy hacía. Ahora,

con la irrupción de esa doctorcita en la rutina de su tío, los veía compartir experiencias y conocimientos que estaban fuera de su alcance, sin embargo ese sentimiento era superado por la alegría que le causaba el renovado entusiasmo de su tío por los encuentros con su joven colega. Le había hecho bien y seguramente a ella también.

—¿Qué te parece Carla? —le había preguntado su tío durante la cena.

—¿Tu nueva discípula?

—Yo no tengo ni tuve nunca discípulos, soy como Lao Tsé, no enseño porque nadie quiere aprender.

—No sé, no la conozco pero me agrada.

—A mí también.

—No irás a casarte con esa pendeja, tío.

El doctor la miró como para hacerle un reproche, pero luego cambió de parecer y le dijo:

—Hahnemann se casó cuando era viejo con una chica que no solo acababa de salir de la adolescencia, sino que además había sido su paciente; Carla es una colega, así que yo no estaría haciendo ni siquiera la mitad de lo que el Gran Maestro.

—Casate, yo no tengo problema —dijo Mari con picardía.

—Ya está casada y yo estoy muy cómodo así, además no sé cómo derivó la conversación en todo esto.

—Cuando vos decís que no sabés... —su tío no contestó y ella completó—: ¿Tendrías una relación platónica con tu nueva esposa, no?

Su tío dio por concluida la conversación con un seco “Cambie-mos de tema”. Mari apenas podía contener la risa pero tampoco quería que su tío se enojara. Solo agregó en voz baja y mirándolo de reojo:

—Vos empezaste, no te quejés.

Su tío no contestó y siguieron comiendo en silencio sonriendo cada uno por su lado. Le era fácil quererlo y después de todo ellos también compartían muchas cosas.

## IX

Pasaron varios días más hasta que Pepi pudo volver a su casa. Carla se enteró hablando con las enfermeras que este médico había sacado adelante a muchos otros enfermos, algunos de ellos graves. Tenía la tarjeta del doctor Erraris, y después de mucho meditarlo se decidió a llamarlo para pedirle que se reunieran. Le dijo que tenía algunas dudas, preguntas que quizás él pudiera responder si no fuera mucha molestia. El doctor aceptó de inmediato, y acordaron encontrarse en su casa, donde él tenía su consultorio. Fue un viernes lluvioso, poco antes de que anoheciera.

—Gracias por recibirme doctor.

—Siéntese y cuénteme qué le anda pasando.

—No, yo no vine a atenderme, vine a...

—Ya sé, ya sé, tiene algunas dudas, pregunte nomás.

—No consigo entender qué pasó en el caso de la nena; averigüé que este no fue un éxito aislado y me intriga bastante su terapéutica.

—No es mi terapéutica, es homeopatía, y no creo que eso sea precisamente lo que la tiene mal.

—Es verdad, lo que más me inquieta e incluso me molesta es que sé que si la criatura hubiera seguido internada en la clínica sin que usted interviniera hoy estaría muerta.

—Vamos mejor, pero acláreme algo, ¿tanto la inquieta la muerte?

—No tengo tiempo para pensar en esas cosas.

—Eso es jodido.

—¿Qué dice?

—Que todavía no me cuenta por qué está acá, ¿qué es lo que en realidad está buscando?, es importante que lo tenga claro.

—Bueno, yo estaba totalmente convencida de que había hecho todo lo que se podía por salvarla y no imaginaba que hubiera alguien que pudiera hacer algo que no fuera perder tiempo y esfuerzo; con todos los medios que tenemos, con todas las drogas y tanto

personal capacitado, era inconcebible que iba a aparecer un... un doctor...

—¿Un viejo? —la interrumpió el doctor Erraris.

—Un doctor, un homeópata.

—Aunque no lo crea la mayoría de los homeópatas de hoy en día son jóvenes, pero sí, se apareció este viejo con unos globulitos de mierda y los cagó a todos.

Carla se sintió incómoda. Había encarado esta charla como una ínter consulta entre profesionales y se había manejado con todos los protocolos tácitos que ello requería, incluso manifestando respeto por el tipo de medicina que practicaba este hombre, a pesar que muchos de sus colegas se hubieran burlado de él. Ahora el doctor Erraris, con una corta frase plagada de guarangadas inesperadas, había descrito la situación con exactitud.

—¿Se siente humillada?

—No.

—¿En algún momento cuando atendían a Pepi, alguien dijo la famosa frase “la ciencia ha hecho todo lo posible”?

Carla suspiró mirando al piso y le contestó:

—Si no lo dije lo pensé, aun así todavía no estoy segura de que no haya sido nada más que una casualidad.

—Pero está aquí.

—Estoy aquí.

—Y quiere saber.

—Quiero entender.

—¿Quiere que le regale la verdad?

—Solo quiero saber qué le dio, cómo actuó, cómo es posible lo que vi.

—¿Quiere estudiar homeopatía?

—¡Ni loca!, no se ofenda pero no me interesa, solo pensé si podría darme alguna explicación racional, digo, desde el punto de vista médico.

—El punto de vista médico, el punto de vista médico —dijo el doctor Erraris, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo— mejor vamos a hacer una cosa, le presto un par de libros y usted ve qué puede sacar en limpio, si tiene alguna duda me pregunta cuando me los venga a devolver, digamos, el próximo viernes más o menos a esta misma hora, ¿le parece?

—Está bien, siempre y cuando no sea mucha molestia.

El viejo hizo caso omiso del último comentario, escudriñó en su biblioteca y seleccionó dos libros pequeños. Los estiró hacia Carla que ya se había parado para irse pero cuando ella los tomó, el doctor no los soltó. Se produjo un pequeño tironeo y ella se quedó perpleja, sin saber cómo reaccionar. Entonces él la miró fijo a los ojos y le dijo:

—Tiene que prometerme algo.

—No le entiendo.

—Tiene que jurarme que me los va a devolver.

—Ah sí, por supuesto que se los voy a devolver.

—Tiene que jurarlo, ¡júrelo por su alma!

Carla dudó un instante, luego lo miró también a los ojos y le dijo rápido:

—Juro por mi alma que le voy a devolver los libros el viernes que viene más o menos a la misma hora.

El viejo sonrió complacido. La doctorcita era capaz de seguirle la corriente a un loco, no alcanzaba para ser un buen médico pero era algo bueno.

## X

Cuando una semana después Carla entró al consultorio del viejo, se la veía contrariada.

—Ya sé, no la termina de convencer —anticipó el doctor. —Ni siquiera empieza, esta medicina no tiene fundamentos. —Tantos fun-

damentos tiene, que es la única en Occidente que está fundada en leyes, leyes universales que siempre se cumplen.

—No encontré en ningún lado los mecanismos de acción.

—Es algo que está en discusión, supongo que con los avances de la física cuántica muy pronto tendremos explicaciones que antes ni habíamos soñado —y siguió— de todas formas no se preocupe tanto, si el conocimiento de los mecanismos de acción de un medicamento fuera condición ineludible para su utilización, la mayoría de los alopatícos no habrían sido utilizados nunca; muchos de ellos se usaron antes de descubrir sus mecanismos de acción, conocido el margen terapéutico, las acciones benéficas que hacen que una droga cualquiera se convierta en un remedio y sabiendo si un paciente es capaz de utilizarla y luego eliminarla, se usa.

—Pero... —quiso objetar Carla sin encontrar las palabras. —Si no fijese en los más modernos tratados de farmacología, incluso en los prospectos, fijese en qué tiempo están los verbos, hay una enorme cantidad de condicionales: actuaría a nivel de, bloquearía tal receptor, estimularía tal otro, produciría, compensaría, inhibiría, y muchos “ías” más.

—Al menos se intenta explicar algo, se elaboran hipótesis científicas.

—Una hipótesis es nada más que una suposición, por más científica que sea. Pero está bien, no estoy en contra de todo esto, lo que no me explico es que los colegas que aceptan las explicaciones oficiales como si fueran verdades sin analizarlas en lo más mínimo, se vuelvan tan inquisitivos al encontrarse con la homeopatía.

Carla miró hacia el piso concentrándose en encontrar una réplica que no le llegaba. Era indudable que el viejo tenía las cosas claras. Pero, ¿si el caso de la nena curada hubiese sido sólo una casualidad? Estaría perdiendo el tiempo lastimosamente. De pronto recordó algo que había leído en uno de los libros. Le había puesto un papelito a modo de señalador para encontrar rápidamente uno de los párrafos más herméticos. Abrió el libro con decisión y le dijo:

—¡Mire esto, el lenguaje parece de la Edad Media!, ¿qué es esta barbaridad de los miasmas? Escuche, escuche —dijo mientras se disponía a leerle al doctor Erraris, que la miraba con una sonrisita divertida.

Él ya sabía lo que se venía, era muy observador, gran parte de su trabajo consistía en detectar cada gesto, cada actitud, cada detalle en sus pacientes. Había visto el papelito entre las hojas del libro apenas Carla había entrado a la penumbra serena de su consultorio, sabía exactamente dónde estaba el papelito y qué le quería leer la doctorcita tan segura de sí misma. No se le cruzó por la mente sorprenderla con sus dotes adivinatorias. “Lástima no tener cincuenta años menos —pensaba— podría enseñarle cosas mucho más divertidas”. Pero no dijo nada y simuló concentrarse seriamente en lo que iba a oír. No le interesaban las argumentaciones que conocía de memoria y que no resistían la confrontación con lo que él había experimentado en forma directa sin que nadie se lo contara, durante toda su vida, pero sí la pasión que ponía esa chica al exponerlas.

—¡Escuche esto! “...la enfermedad constituye una unidad con el enfermo. En las enfermedades crónicas hay que determinar cuál es el miasma a ser tratado”. —Y siguió—: ¡Qué lenguaje!, ¿qué está diciendo?, mire, busqué miasma en el diccionario porque ni siquiera conocía la palabra.

El viejo ensayó un gesto de admiración y abriendo mucho los ojos como ya le había visto hacer a ella y fingiendo desesperación, le preguntó:

—¿Qué descubrió?

—¡No me tome el pelo!, todavía vamos a tener que estar hablando en el año 2000, de que las personas se enferman por los vapores de los pantanos.

—¿Usted sabe en qué año se escribió eso?

Carla dudó, la había pescado en un detalle, pero ¿qué importancia podía tener?

—No, no me fijé, ¿por qué?

—Hace casi 200 años.

—Más a mi favor.

—Entonces léame el mismo párrafo otra vez, solo que cambiando una palabra, en donde dice miasma lea predisposición.

Carla volvió a abrir el libro, y leyó “...la enfermedad constituye una unidad con el enfermo. En las enfermedades crónicas, hay que determinar cuál es la predisposición a ser tratada”.

—¿Le encuentra algún sentido ahora?

—Y, ahora por lo menos se entiende.

—Hace casi 200 años un médico escribió eso mucho antes que Pasteur, que Koch, que Lister, mucho antes que tantos otros; en esa época este hombre habló de contagios, del estrés, de la terapia ocupacional, de la importancia de la higiene, la alimentación y por supuesto de las predisposiciones, ¿qué le parece este hombre? —decía el doctor Erraris con entusiasmo— en su tiempo la mayoría lo consideraba un loco, iba contra las costumbres y las creencias de la época, quería cambiar la medicina, ¿no merece que se considere con atención cualquier cosa que haya dicho?

—Un adelantado a su época —dijo Carla.

—Mucho más que eso, creo que era un genio aunque tenía el defecto de la intransigencia, pero ése es un tema menor, para historiadores si se quiere, hay algo más importante.

—¿Qué es?

—Usted no se imagina cuánto se ha perdido en ese párrafo al cambiarle una palabra para darle sentido actual, en realidad miasma no es solamente predisposición, aunque le suene mejor ha quedado a un lado un abismo de conocimiento con el cambio.

Carla se quedó pensativa, en silencio. Empezaba a tomar conciencia de cuánto ignoraba. El viejo siguió hablando:

—Si en algún momento le interesa estudiar en serio estos temas puedo darle la dirección de una institución; ahora es fácil, antes la única posibilidad era hacerse discípulo de un maestro.

—¿Y sola, no puedo estudiar sola?

—Sí, pero va a tardar diez años en aprender lo que se puede en uno, si alguien la guía —y le ofreció— si quiere le puedo prestar otro libro, un poco menos árido y sobre todo más moderno.

—¡Le juro por mi alma que se lo voy a devolver!

## XI

Varias veces Gerardo estuvo a punto de hacerle un chiste a su esposa refiriéndose al tiempo que pasaba con el viejo, pero la conocía lo suficiente como para saber que no le iba a causar ninguna gracia. Él no entendía nada de homeopatía, y mucho menos entendía el repentino interés que Carla demostraba. Encima que se veían tan poco, ahora con esto del doctor Erraris se veían menos todavía. La única ventaja era que este doctor era muy viejo, no representaba un peligro para él, aunque no lo conocía, no lo había visto nunca. Tal vez no fuera tan viejo. De todas formas él respetaba a los homeópatas porque se había dado cuenta mucho tiempo atrás de que estaba muy lejos de tener todas las respuestas. Tampoco se sentía bien con su actual conformismo. Había aprendido algunas técnicas quirúrgicas que practicaba con eficiencia y se había ganado un lugar cómodo dentro de una especialidad querida. Ahora estaba cosechando pero sabía que dentro de unos años, si tenía suerte, se encontraría haciendo exactamente lo mismo, y desconfiaba que su experiencia le sirviera para conservar su lugar de privilegio. Cada vez había más gente capacitada, y los nichos de conocimiento que todavía reportaban beneficios serían apetecidos por los jóvenes que venían tras él. Incluso él mismo había desplazado a antiguos colegas cobrando menos que ellos y siendo más maleable a las manipulaciones de las empresas de medicina prepaga y las obras sociales. En su momento le pagarían con la misma moneda, pero ése no era un problema en lo inmediato, le preocupaba si podría mantener

su relación con Carla. Si en algún momento decidían tener hijos, eso afectaría la carrera de ella. Si no, su matrimonio tendría muy poco sentido. Para verse cada tanto y tener sexo ocasionalmente, no valía la pena haberse casado. Compartían cada vez menos, no vivían bien, de poco les había servido ser profesionales y ahora Carla estaba con eso de la homeopatía como si le sobrara el tiempo. Quizás al final resultara mejor, los homeópatas eran de los pocos médicos que habían logrado mantener sus consultorios particulares con honorarios bien pagos, como antes, ya que contaban con una clientela muy selecta. Eran una rareza porque ahora por los consultorios desfilaban rápidamente los pacientes de obra social, a cambio de un bono por nomenclador de tres o cinco pesos. ¡A ver si al final Carla terminaba manteniéndolo a él! Carla, que parecía tan frágil, había logrado pasar al igual que él los períodos más duros de la carrera, el impacto de diseccionar cadáveres en primer año, la avalancha de datos que se enmarañaban en un cuerpo monumental de conocimientos imposibles de retener, el paso tan despiadado como imprescindible por la residencia en los hospitales, explotados como mano de obra barata y obligados a aprender de sus errores para luego ser juzgados y humillados por los colegas experimentados que se supone deberían enseñarles, la frustración de ver que los compañeros de colegio que habían elegido otras carreras estudiaban menos, ganaban plata antes y tenían otra calidad de vida. Era un camino por el que quedaban rezagados los ideales, los sentimientos y las esperanzas. Y cuando se ganaba en astucia, se aprendía a eludir responsabilidades, a efectuar maniobras y pedir estudios que no le servían al paciente pero aparentaban que se hacía algo importante, a cubrirse. Recordó con amargura sus aspiraciones de hacer algún aporte a la medicina, de investigar, innovar. Estaba trabajando en lo suyo, era nada menos que un cirujano pero se sentía un obrero atrapado en la rutina. Había estado deprimido meses atrás aunque no se lo comentó a nadie porque le resultaba vergonzoso. Era un indicio de debilidad de su parte, aunque la verdad, es que hasta había llegado a plantearse si

valía la pena seguir siendo médico. Varios colegas de su edad ya habían pasado por depresiones, otros habían tenido infartos debido a la acumulación de estrés, y un cirujano general que había sido su compañero de facultad, se había contagiado una enfermedad de un paciente por un pinchazo accidental en el quirófano. Ahora, Gerardo se sentía un poco mejor y se recuperaba a pesar de que lo había afectado bastante enterarse de que uno de sus profesores, que había sido incluso su mentor y del cual había aprendido gran parte de lo que sabía de la práctica médica, había dejado el ejercicio y junto con otro colega se dedicaba a la venta mayorista de huevos. Lo desconcertaban este tipo de decisiones. ¿Serían definitivas, las vivirían como una liberación? Seguramente ganaba mucho más dinero, trabajaba en horarios decentes, y las emergencias habían dejado de zarandear su escasa vida social. ¿Tendría él que llegar a tal extremo en algún momento?, y en tal caso, ¿qué iba a hacer, de qué iba a vivir, cómo iba a seguir adelante? En fin, por ahora no podía hacer nada, y tampoco quería hablar de estos temas con Carla porque le parecía que le transmitía sus dudas y amarguras. Era mejor tratar de descansar.

## XII

Carla seguía con su rutina en la clínica pero aún la intrigaba la resolución del caso que había rebotado hacia el doctor Erraris. Todos sus compañeros de trabajo ya lo habían olvidado, incluso los que más se habían indignado, que ni siquiera tenían interés en volver a hablar del asunto. Cada vez que atendía a un paciente, si llegaba el momento en que no tenía más nada para hacer por él, no podía dejar de preguntarse si no valdría la pena intentar con los tratamientos del viejo, aunque fuera superponiéndolos con los que había aprendido en la facultad. Pensó mucho esa semana y decidió charlar más profundamente con ese extraño doctor, ahondar en estos temas, obtener más información.

Después de todo, ésa era la segunda semana leyendo sus libros y todavía no se acercaba a una mínima comprensión. Necesitaba más, y se lo dijo al doctor Erraris cuando por tercera vez entró a ese consultorio con aires de museo y biblioteca, tan distinto a los que ella conocía. Pensaba que esto se debía a la edad y las costumbres del viejo más que a su especialidad, pero todavía no se acostumbraba. El viejo la recibió con una amplia sonrisa:

—Me vino a devolver el libro.

—Y a charlar un poco si es que tiene tiempo para mí. —No vaya a creer que me sobra, los viernes no va a ver a nadie en la sala de espera porque es el día que me reservo para estudiar.

—¿Lo estoy interrumpiendo? —No, ahora mismo estoy estudiando —contestó muy serio, y siguió—: Verá, no solo estudio medicina, estudio también a la gente, la observo y termino viendo cosas que a un médico le resultan muy útiles.

—¿Cómo qué?

—Sería muy largo de explicar y usted ya me dijo que no va a estudiar homeopatía, solo que a veces lamento que prácticas como la revisión minuciosa y algunas maniobras semiológicas sutiles se vayan perdiendo en el tiempo; pero ya me estoy dispersando, deben ser los años.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Carla, arrepintiéndose de inmediato.

—¡Epa!, si se va a dedicar a la geriatría no empiece conmigo. —Disculpe, es la costumbre de preguntarle a los pacientes. —No importa, sé que ante los ojos de todo el mundo soy un viejo pero me importan tres soberanos carajos, hace mucho tiempo que decidí que no iba a envejecer, ni a enfermar, al menos no voy a hacerlo como los demás lo esperan de mí; lo único que no voy a evitar es la muerte, pero falta mucho, mucho, muuuucho tiempo.

Carla sonrió francamente por primera vez y mirándolo de reojo no pudo evitar preguntar:

—¿No se enfermó nunca?, ¡ay, perdón, otra vez la doctora! —No importa, eso sí se lo voy a contestar: no me enfermé nunca; no es difícil de entender, nunca quise, nunca me hizo falta y sobre todo nunca me distraje lo suficiente como para dejarme arrastrar por la confusión general.

—¿La confusión general?

—¿No sabe lo que es El Mal?, es solamente la confusión, lo que pasa es que con los medios de comunicación de hoy en día, se ve tanta que yo le digo la confusión general, pero en realidad es la confusión de cada uno.

—Me parece que me perdí.

—Tampoco importa porque no vino a hablarme de eso, pero téngalo en cuenta para meditarlo en el futuro porque no es algo ingenioso que se me haya ocurrido a mí.

Dicho esto tomó el libro, llevó a Carla hasta la puerta y le dijo:

—La próxima vez que venga, venga porque viene, y no para devolver un libro.

Antes de que se diera cuenta, Carla estaba caminando en la calle. No había podido llegar a plantearle ninguna de sus inquietudes, pero por lo menos algo había quedado en claro, el viejo desvariaba. Tal vez había curado a esa nena, realmente era posible que lo hubiera hecho, quizás había curado a mucha gente a lo largo de su vida pero lo que fue, fue. No vendría más a verlo, no valía la pena.

## XIII

Esa semana no le pasó lo que la otra, no pensó en el viejo ni en sus medicinas ni en la enfermita que los cruzó en la vida, y sin saber por qué ni para qué al llegar el viernes estaba entrando al consultorio del doctor Erraris que imitando los gestos de asombro que solía hacer Carla le preguntó:

—¿Y el libro?

—¿Qué libro? —se asustó Carla ante la posibilidad de que le estuviera reclamando el libro devuelto la semana anterior o aun algún otro imaginario. La sonrisa del doctor Erraris la calmó de inmediato.

—Ah, vino porque quiso.

—Vine porque vine.

—¿Y a qué vino? —preguntó él, achicando los ojos como si quisiera ver muy lejos a través de las pupilas de ella.

—Bueno, en realidad no estoy segura.

—¿Una sensación?

—¿Sensación de qué?

—De que algo se le está pasando por alto y puede ser importante.

—Sí, eso, eso exactamente.

—Pero no quiere estudiar homeopatía.

—No, estoy conforme con lo que hago, me costó muchísimo esfuerzo y estudio.

—¿Entonces qué es lo que la inquieta?

—No lo puedo precisar, me pareció un misterio la curación de la nena, esa que fue paciente de la clínica.

—Pepi.

—Sí.

El doctor Erraris se puso serio.

—Fue muy melodramático para mi gusto, cuando las cosas vienen planteadas así, suelen salir muy mal.

—Pero salieron bien.

—No es lo corriente, no son así los casos que más atiendo. —¡Eso es!, quiero saber cómo ejerce la profesión, cómo atiende a los pacientes aquí, sin medios, sin aparatos, sin poder hacer análisis. Estuve averiguando, y usted tiene mucho prestigio, curó a mucha gente sólo con esto, y eso no me cierra.

—Yo reviso a los pacientes como pocos médicos hacen hoy en día, y les pido todo tipo de estudios a menos que les sea imposible hacerlos o que ya los traigan; de todas formas, y no se lo tome a mal, me cansé de explicar qué es lo que hago, hasta tal punto me cansé que ya no le explico nada a nadie. Si una persona quiere que la atienda, viene a la consulta, paga mis honorarios, y recibe mis indicaciones. No me importa siquiera si cumple con el tratamiento. Son cosas que entran en la esfera de las decisiones personales, y no me competen. Así ejerzo ahora que siento que ya no tengo tiempo para perder luchando contra molinos de viento. Si usted tiene suficiente agudeza como para hacer la pregunta acertada por supuesto que trataré de contestársela, pero ya no quiero convencer a nadie de nada. —Hizo una pausa y siguió—: En lo que respecta a la homeopatía, no tengo ninguna duda de que es una verdad. El que observa un poco tiene que aceptar lo que ve. Incluso no me gusta que alguien diga que cree en la homeopatía, ¿usted cree en este escritorio?

—No le entiendo.

—No hay nada que entender, lo tiene delante, lo ve, lo puede tocar, ¿para qué iba a necesitar creer en él? Mire —siguió el doctor— yo he visto gente enferma que no quiere curarse, no quiere curarse porque no le interesa la vida, no quiere curarse porque maneja a la familia con su enfermedad, o porque siente que es un castigo que de alguna forma merece, o no quiere curarse por lo que fuera, no importa, pero no me refiero a un caso excepcional, me refiero a muchísima gente; así que yo hago lo mejor que puedo.

—Y que sea lo que Dios quiera —interrumpió Carla comprensiva.

—¡Me cago en Dios! —gritó el doctor, mientras Carla se iba para atrás sobresaltada y abría los ojos como platos. Venían manteniendo una conversación cordial e interesante y la había sorprendido el exabrupto. Luego de unos instantes en que ninguno de los dos pronunció palabra, al viejo se le escapó una risita y en voz baja le dijo:

—Para ser doctora se asombra de muy poco.

—Es que me sorprendió.

—Espero que si algún paciente le muestra una lesión espantosa o le cuenta alguna circunstancia terrible de su vida, usted no le ponga ni la mitad de esa cara.

—Tengo bastante cuidado con eso.

—¿No se habrá ofendido?

—Escucho cosas peores, algunas las digo.

—¿Es creyente?

—No, en realidad no.

—Yo soy muy religioso, soy Dios en acción. Carla no pudo evitar otro gesto de sorpresa, aunque un poco más delicado que el anterior.

—¿Seguro no le pone esas caras a los pacientes?, alguien se puede asustar mucho más de lo necesario si lo mira así —dijo el doctor fingiendo preocupación.

—Es que me sorprendió otra vez.

—Es fácil de sorprender para ser una doctora con experiencia, ¿no será que se deja?

—¿Qué dice?

—Que se deja sorprender.

—Me está enredando la conversación.

—Solo quería saber si se sorprendía fácil, no es bueno si uno atiende enfermos.

—Quédese tranquilo, no me sorprendo tan fácil.

—Mejor así, porque me estoy enamorando.

Carla no pudo evitar sorprenderse una vez más y aunque se dio cuenta de inmediato que había caído otra vez en la trampa del viejo, éste no la dejó contestar. Le dijo con mucha seriedad:

—Será que hoy tiene bajo el umbral de la sorprequinasa —y la acompañó hasta la puerta de forma tal que Carla se encontró caminando por la vereda, y con ganas de haberse quedado para aclarar algunas cosas.

## XIV

Esta vez no esperó hasta el viernes, lo llamó antes y el doctor la invitó en horario de consulta. Al principio se hizo la difícil pero él insistió en que no le molestaba, que la presentaría como una colega que lo iba a ayudar, y que sus pacientes no iban a tener ningún problema con eso. El martes a las seis de la tarde estaba allí. El doctor había comenzado a atender a las cuatro, así que esperó junto a tres pacientes más. Se sentó y empezó a hojear algunas revistas viejas. Pasaba rápidamente las fotos de modelos, actores y deportistas en playas lejanas y lugares exclusivos. Parecían vivir para disfrutar. Ella no podía imaginar nada más lejano a su vida, donde todo había que ganárselo con tanto esfuerzo, con tanto estudio. ¿Vivirían realmente así, serían tan felices como aparentaban? Cuando la consulta terminó, él la hizo pasar primero y le pidió que se sentara a un costado del escritorio. Luego hizo pasar a la paciente que seguía, pero no la llamó sino que fue a buscarla y le estrechó la mano entre las suyas con calidez, con una amplia sonrisa. “Es muy hábil el viejo —pensó Carla— les manifiesta su aceptación total de inmediato, su interés, los hace sentir protegidos con su sola presencia, muy hábil”.

Cuando entraron en el consultorio, el doctor las presentó. Se saludaron con un movimiento de cabeza, luego le pidió a la paciente que saliera de nuevo a la sala de espera unos minutos, cosa que hizo de inmediato sin formular ninguna pregunta ni manifestar extrañeza. Cuando el doctor cerró la puerta se dirigió a Carla y le preguntó:

—¿Qué vio?

—¿Cómo qué vi?

—Me refiero a qué sabe de esta paciente.

—¡Nada!, si apenas la miré.

—Es la primera vez que viene, usted tuvo la oportunidad de verla en el consultorio los mismos segundos que yo y además estuvo cerca de veinte minutos en la sala de espera junto a ella y otros pacientes más, no me diga que no vio nada.

—No entiendo qué es lo que tenía que ver.

—¿No sabía que eran personas que esperaban atención médica?

—Sí, pero no los iba a revisar ahí.

—La primera sin tocar —dijo el doctor Erraris.

—¿Qué?

—Me lo decía un profesor en la Facultad para que me detuviera a mirar antes de meter mano, era como un refrán, aunque para esto que yo hago se queda un poco corto. ¿Se fijó cómo estaba sentada esa chica, cómo vino hacia mí con la cabeza baja, sin atreverse a mirarme, cómo me tendió la mano, sin fuerza, sin decisión? ¿Y el gesto casi imperceptible cuando la vio a usted? En muy pocos segundos me dio una gran cantidad de información acerca de cómo es ella y de cómo sufre su enfermedad cualquiera que ésta sea, cómo la sufre ella en particular, solo ella y nadie más que ella porque es única en el Universo. Se perdió la oportunidad de ver muchas cosas, Carla.

—No sé qué decir.

—Cuando no sepa qué decir, no diga nada —y siguió— hace muchísimo tiempo un viejo maestro que no llegué a conocer porque murió antes de que yo naciera, me dijo a través de uno de sus libros una frase que me quedó grabada “se cometen más errores por no mirar, que por no saber”, y le puedo asegurar que es rigurosamente cierto.

El doctor Erraris la invitó a que fuera a su consultorio cuando quisiera, y al poco tiempo ella comenzó a hacer un curso de homeopatía. A pesar de que tenía miedo de que el viejo se riera, se lo tuvo que decir. Contra lo esperado, no solo no le manifestó sorpresa ni le echó en cara las muchas veces que ella había declarado que no iba a estudiar eso, sino que no demostró el más mínimo interés en el asunto. Un “¿Ah sí?” le bastó para dar por terminado el tema. Como la relación entre ellos seguía siendo muy cordial, Carla decidió aprovechar la invitación y presenciaba a menudo las consultas homeopáticas, pero encontraba que no podía ayudar en nada, ni siquiera a tomar notas, ya que el viejo

insistía en hacerlo personalmente llenando dos o tres, y hasta cuatro hojas con su escritura meticulosa. Se sentía una inútil.

—Ya me va a ayudar, a su debido tiempo me va a ayudar, ahora acompáñeme, tengo que matar a alguien.

—¿Qué dice?

—No se asuste —dijo el doctor Erraris sonriendo con tristeza— en realidad no voy a matar a nadie, ni siquiera es una eutanasia; voy a darle una mano a un paciente, más que un paciente un viejo amigo, para que pueda morir mejor.

—Me lo va a tener que explicar más claro.

—Es una persona que está sufriendo mucho en una agonía sin sentido.

—Usted no puede matar a nadie, aun en casos incurables sería un homicidio.

—Cuando una persona se queda estancada ante la muerte, le doy un medicamento homeopático en potencia muy alta, es decir muy diluido, millones de veces diluido, y si realmente su fuerza vital está agotada el remedio lo ayuda a morir.

—Entonces no es un medicamento, no es un remedio.

—Sí lo es —dijo el doctor, y se quedó en silencio.

—¿Y, qué le piensa dar? —insistió Carla.

—Tengo que individualizar muy bien a la persona, para cada caso es distinto; de todas formas nadie podría acusarme de homicidio —dijo riendo— porque en esas diluciones no queda ninguna posibilidad de que haya una sola partícula de sustancia.

Carla no le preguntó nada más y lo acompañó hasta la casa del paciente. Cuando lo tuvo delante tuvo que reconocerse a sí misma que no había ninguna posibilidad. Estaba inmóvil, su piel era de un amarillo anaranjado intenso, y hacía un año que no reconocía a nadie ni se comunicaba de ninguna forma. Tenía una vena canalizada y un sache de suero permanentemente conectado, que su familia se encargaba de cambiar cada tanto. Una sonda uretral lo conectaba con una bolsa

transparente para la orina que colgaba a un costado de la cama de un gancho de plástico blanco, de éstos que se usan para las cortinas de la ducha. Otra sonda naso gástrica permitía que le inyectaran por ella una papilla directamente al estómago para alimentarlo. Si no se cagaba encima en tres días, le hacían un enema para que no se hinchara de mierda. Era evidente que lo habían mandado a casa a morir pero no lo conseguía. Se había estado por ahogar muchas veces por las flemas que se le juntaban en los bronquios pero nunca era suficiente para dar el saltito.

—¿Qué le parece? —le preguntó el viejo.

Ella no quiso decir nada desagradable delante de la familia, y cómo no tenía algo constructivo que aportar, siguió el consejo que el viejo le había dado hacía poco y calló. El doctor sacó sus globulitos una vez más, los disolvió en un vaso con agua y le puso una cucharadita en la lengua al moribundo. El procedimiento fue llevado a cabo con la misma actitud y exactitud, con la misma atención absoluta que ponía para hacer cualquier cosa, hasta la más sencilla y aparentemente trivial.

## XV

Otro día en que como ya era costumbre Carla fue a la consulta del doctor Erraris, le preguntó por este último paciente.

—Anduvo bien, murió esa noche mientras dormía pero antes recuperó la conciencia por unos minutos y pudo hablar un poco con algún pariente, lástima que no lo agarré antes, quizás hubiera podido ayudarlo a vivir.

—¿Murió con lo que usted le dio?

—Hay muchas discrepancias al respecto; yo pienso que si doy el medicamento justo, la pequeña agravación que produce una potencia alta, ayuda al paciente a morir y no me preocupa porque para que ac-

túe de esa forma el enfermo debe estar sin la más mínima posibilidad de recuperación.

—Siempre hay esperanza de recuperación.

—No, no siempre, lo único que siempre se encuentra en algún momento es la muerte, y la esperanza es un concepto que me resulta repugnante.

Carla dio a entender con un gesto que no estaba de acuerdo, e inspiró profundamente para iniciar una réplica, pero el doctor cambió rápidamente de tema, sin darle oportunidad de contestarle.

—Olvídese de este caso y dígame, ¿no le ha pasado mirar a los ojos de un enfermo y saber sin lugar a dudas si se va a recuperar o se va a morir? —Hizo una pausa y terminó—: Antes los médicos sabíamos ver eso, actualmente las únicas que mantienen esa habilidad son las viejas enfermeras de hospital, ellas ven la muerte en la mirada del otro.

Carla no compartía muchas de las ideas y opiniones que el viejo le iba transmitiendo en sus charlas, pero había un momento en que ella prefería callar y escuchar, escuchar sin pensar en nada. Este hombre tenía una formación cultural y humanística impresionante. Incluso era muy espiritual aunque no practicara ninguna religión. Nunca había conocido a una persona así y sentía que aunque ella no estuviera de acuerdo, tampoco tenía los conocimientos ni la reflexión necesaria para traducir en palabras lo que en ese momento eran simples intuiciones. Ella no había dejado la alopátia, o como el viejo prefería llamarla “la medicina oficial”. Recordaba una ocasión en que habían charlado de este tema y le había dicho al viejo:

—Al final, si tenemos la suerte de haber vivido lo suficiente, todos vamos a ir a parar a la terapia intensiva de algún hospital o sanatorio de la medicina oficial.

—También vamos a ir a parar al cementerio —le había contestado él— con ese criterio preferiría saltarme al hospital, pero no reniego de los avances médicos de los últimos tiempos, aunque pienso que no son tan médicos como parecen.

—No me va a negar que la medicina ha avanzado por sí misma en forma impresionante durante los últimos años.

—Ha avanzado en forma impresionante pero no por sí misma, son aplicaciones a la medicina de avances en otros campos, siempre ha sido así, por eso en una época a la medicina la llamaban la cenicienta de las ciencias; son los avances de la computación los que han permitido las tomografías, las ecografías y las resonancias magnéticas; si a eso le agregamos la fibra óptica y el láser y la participación de técnicos, físicos, matemáticos y químicos para el desarrollo de las nuevas drogas, vemos que no hay tanto mérito de los médicos, en tanto y en cuanto los que vemos sufrir a una persona e intentamos curarla o aliviarla, somos más artistas que científicos.

Carla había comenzado a hacer uno de sus gestos de asombro cuando notó que eso era justamente los que el viejo estaba esperando. Logró detenerse a tiempo, aunque no lo suficiente como para engañarlo. Él se hizo el distraído en forma no muy convincente, mientras seguía explicando:

—Y no está mal que seamos artistas, yo creo que es tanto o más difícil que ser científicos. Además, son muy pocos los verdaderos científicos porque hay que saber mucha matemática, ser capaz de leer un conjunto de ecuaciones y ver más allá de los números y las operaciones, hacer una abstracción y ver el significado tal como lo hace quien lee un poema; más allá de las letras, de las palabras e incluso más allá de las frases, hay algo más y suele ser lo más importante: quien ha leído lo suficiente lo sabe.

Otra vez Carla se encontraba sin nada que decir. Como la inmensa mayoría de los profesionales de su generación ella no había sido una gran lectora, ni siquiera podía considerarse que fuera una verdadera lectora. Eso sí, había pasado muchísimas horas de su niñez y su juventud frente al televisor. Ahora, cuando hablaba con este hombre, se le empezaba a ocurrir que quizás hubiera mucha diferencia entre tener información y tener formación cultural e intelectual. El doctor

Erraris sabía latín, tenía conocimientos de griego, podía estudiar en francés y en inglés, y hasta se había tomado el trabajo de estudiar inglés antiguo para comprender los giros y expresiones en desuso de algunos homeópatas norteamericanos del siglo pasado que él gustaba de llamar sus maestros, como invariablemente hacía con ese tal Kent, Nash y algunos otros. Cuando los nombraba le brillaban los ojos un poco más. No solo les tenía admiración, les tenía cariño a médicos que habían vivido 150 ó 200 años atrás. Ella lo escuchaba con atención. No le preocupaba su carencia de argumentos porque en realidad ya no quería discutir con él. Había descubierto que algún concepto que hoy le pasaba inadvertido, surgía en su mente meses después con claridad, como si tuviera que añejarse un poco antes de ser entendido. El doctor le había recomendado no abandonar su práctica de la medicina oficial explicándole que no había ningún homeópata que antes no hubiera sido alópata, por lo menos en nuestro país, y que los mejores médicos homeópatas habían sido invariablemente excelentes alópatas. Es que en realidad no eran buenos homeópatas, simplemente eran buenos médicos.

—¿Podría creer que yo fui un gran referente de la medicina oficial, que formé parte de equipos de investigación, que gocé del reconocimiento general de los médicos de mi tiempo? Averigüe, averigüe —le dijo el viejo.

Ella no averiguó nada, le bastaba saber quién era hoy ese hombre.

Tuvieron una suave discusión la vez que lo fueron a consultar por un autista de más de cuarenta años. Ella pensaba que era perder el tiempo y alimentar falsas esperanzas tratar a ese paciente. La familia no se resignaba a ponerlo en una institución especializada y durante años lo habían atendido en la casa. A pesar de la edad del enfermo, la vejez parecía habérselo llevado por delante y estaba tan desvalido como un bebé. El mayor problema era que no dormía más de dos horas seguidas, lo cual condicionaba la vida de su familia ya que no podía quedarse solo ni por un momento. No lo llevaron al consultorio, lo

tuvieron que ir a ver a la casa. Cuando Carla veía la insistencia del viejo en tratar todo tipo de pacientes sin importar qué tuvieran, no podía evitar la sensación de que quizás estuviera perdiendo el tiempo, de que finalmente no hubiera algo que valiera la pena aprender. El doctor revisó a su paciente, hizo el interrogatorio de costumbre solo que esta vez a sus familiares, y prescribió un medicamento escribiendo en sus recetas grandes, blanquísimas, con su vieja lapicera a fuente, casi en letra gótica y con un cuidado infinito, como si fuera trascendente para hacer preparar el medicamento la calidad de su escritura. Carla pensaba que eran manías de viejo. Aunque a él no le tomara más de un minuto recetar, ella lo vivía como una eternidad. A veces agradecía que al viejo no se le hubiera ocurrido llevar pluma cuchara y tintero, no le hubiera extrañado que un día los sacara de su maletín. ¿Por qué no usaba una birome, por qué no escribía simple y rápidamente las indicaciones de su tratamiento, por qué tratar a ese paciente, por qué? Sería mejor sedarlo si era tan difícil de manejar. Tampoco podía entender el empecinamiento de los padres por tenerlo en su casa, ¿eran masoquistas, acaso? Los vio dos semanas después en el consultorio y se alegró de no haber dicho nada. El paciente seguía siendo autista pero ahora dormía ocho horas seguidas a la noche, y esa sola mejoría había significado un inmenso alivio para la familia aunque indiferente para él. Siguieron la evolución varios meses, la mejoría no pasó de eso que parecía tan poco y era tanto. Ella era consciente del gran logro obtenido con un medicamento que no tenía droga en su composición y estaba asombrada. El doctor en cambio estaba como si lo ocurrido no saliera de lo esperable.

—De los cincuenta años que tengo como homeópata me admiré los primeros diez, después me cansé —le había dicho con mirada pícaro, buscando esos gestos con que Carla demostraba sus sentimientos y que tanto divertían al viejo. Ella esta vez hizo como si hubiera escuchado el pronóstico del tiempo.

—Bien, muy bien —aprobó el viejo sonriendo.

## XVI

Algo le molestaba a Gerardo acerca del doctor Erraris. Habían pasado meses desde que Carla lo nombrara por primera vez, y no le dejaba de dar vueltas en la cabeza. ¿Sería éste el doctor que lo había atendido cuando era muy chico, podría ser él después de tantos años? Su madre se lo confirmó y le contó la historia completa de la cual él sólo tenía fragmentos. Gerardo había sido víctima de la última epidemia de polio, se había recuperado bastante bien, pero con algunas secuelas que los médicos concluyeron que no tenían solución. Él no tenía más de cinco años, así que no podía recordar prácticamente nada, pero uno de los doctores que lo habían atendido abordó a su madre sin que sus colegas lo supieran, y en forma reservada le recomendó que consultara con el doctor Erraris, que lo trató y contra todo pronóstico se había recuperado totalmente. La madre de Gerardo todavía tenía la receta que había sido surtida 35 años antes en una farmacia que ya no existía. Gerardo se lo comentó a Carla y ella no quiso decirle nada al doctor Erraris. Sabía que no le gustaba que le agradecieran ni que nadie se sintiera en deuda con él. Además, ya tenían una relación de mutua confianza y no quería que el viejo pensara que le había ocultado la historia. Sin embargo, Gerardo aprovechó que hacía rato que quería semblantar al doctor Erraris, y ahora que sabía que se habían cruzado mucho tiempo atrás y que encima el viejo había tenido una influencia importante en su vida, se guardó la receta y estuvo atento cada vez que pasaba cerca de su casa. No se animaba a ir a tocarle el timbre. Luego de varios intentos, lo vio cuando estaba por entrar y lo llamó:

—¿Se acuerda de mí, doctor? —le preguntó pensando sorprenderlo con la historia.

—No señor, no lo ubico —contestó desconfiado el doctor Erraris.

—Mire —dijo Gerardo al tiempo que le mostraba la receta. El viejo apenas le echó un vistazo al amarillento papel, se lo tendió nuevamente y lo reconvino:

—Gerardito, ¿no tenés otra cosa que hacer que hincharme las pelotas? —luego entró en la casa dejando a Gerardo demudado, con la receta en la mano. Tardó unos segundos en reponerse y no pudo menos que reírse. Una señora que pasaba trató de parar la oreja para oír lo que decía ese hombre risueño que hablaba solo. “Gracias viejo loco, gracias igual”, repetía Gerardo para nadie, para sí, para el aire. No se lo contó a Carla para que no se enojara con él por no haberle hecho caso. No quería interferir en la relación que ella tenía con el doctor y de todas formas Erraris no podía relacionarlo con ella, aunque con ese hombre nunca se sabía.

## XVII

Al entrar en el consultorio, Carla se sorprendió por los gritos del doctor Erraris. Estaba retando a una paciente, y la estaba retando mal, no solo la estaba retando, ¡la estaba echando! Era evidente que discutían hacía rato y se detuvo a escuchar con atención:

—¡Se va de acá inmediatamente, búsquese otro médico, no la quiero ver más!

La mujer salió compungida, caminando rápido, sin saludar a nadie y sin mirar atrás, por un camino que sabía de memoria.

—¿Qué pasó doctor? —preguntó Carla con temor ante el ataque de furia del viejo.

—La atiendo desde hace años —dijo él con una tranquilidad que evidenciaba que había estado actuado su enojo— y espero haberla asustado lo suficiente.

—¿La echó?

—Es lo mejor para ella, no quiso entender razones. —Pero, ¿por qué?

—Hacía varios años que no venía, empezó con molestias en el abdomen y al poco tiempo unas pérdidas discretas pero injustificadas;

fue a la Obra Social, el ginecólogo le encontró un pequeño tumor en útero, la biopsia dio que era maligno, ¿y qué hace esta buena mujer?

—¿Qué es lo que hizo? —preguntó Carla esperando que le relataran poco menos que un crimen.

—Viene a que le dé algo para evitar la cirugía; espero que me haga caso y se opere lo antes posible.

—Igual van a hablar mal, la mujer porque la echó y el cirujano que la salve, porque usted es homeópata.

—No se trata de quedar bien, ni siquiera se trata de hacer lo correcto, se trata de hacer lo que hay que hacer ineludiblemente —le dijo, y cerrando la conversación fue a la sala de espera a buscar al paciente que seguía.

Carla pasaba los treinta años y empezaba a sentir que se le hacía tarde para formar una familia. Vivía con Gerardo a las corridas cada uno por su lado. Se sosegaron un poco y analizaron cómo seguir adelante. Carla había terminado su formación de postgrado y sentía que podía bajar el ritmo. Estaba segura de que podía practicar la medicina solo una parte del tiempo sin que eso influyera en su capacidad ni en la calidad de la atención que brindara. Quizás fuera al revés, y el estar metida siempre dentro del hospital o estudiando los últimos avances, la hacía sentir cada vez más alienada y perdía de vista lo más importante al atender a un paciente. O peor aún, ni siquiera se preguntaba esas cuestiones. Ya había cometido un par de errores graves y empezaba a alarmarse. Estaba pensando también en dejar de asistir a la consulta del doctor Erraris. Había aprendido mucho con él pero tenía que administrar su tiempo. ¿Cómo iba a decírselo? Sentía que tenía un compromiso con el viejo, se daba cuenta de que lo que aprendía no solo se aplicaba a la medicina sino a la vida, sin embargo a veces se sentía desbordada y la desalentaba verificar que nunca iba a aprender todo lo necesario. ¿Necesario para qué, de dónde había sacado esa certidumbre de que todo debía pasar por el saber? Ya tenía decidido limitar su práctica médica y asumir el dominio de sus actividades. Había decidido también

que no seguiría con la homeopatía, pero eso lo sabía el doctor Erraris desde antes que ella. Tal vez después de un tiempo pudiera retomar sus encuentros con el doctor, tal vez no sintiera la necesidad, no estaba segura. Necesitaba que se le aclarasen algunas cosas y decidió que el tiempo podría ayudar. Tendría que haber sabido que el tiempo no ayuda nunca, que solo sabe pasar. Pudo ver junto al doctor Erraris varios enfermos a lo largo de muchos meses y la evolución de cada uno con el tratamiento homeopático. Como el chico aquel que por fin mejoraba de sus ataques de asma, o la mujer que iba dejando los analgésicos para ese dolor de cabeza que la había acompañado la mayor parte de su vida, o ese hombre tan nervioso que se curó rápidamente de la úlcera de estómago. Muchos casos más vieron juntos a lo largo de casi dos años. Luego se fueron distanciando sin darse cuenta y absorbidos cada uno en sus ocupaciones llegaron a no verse más por mucho tiempo.

Carla nunca se hizo homeópata, prefirió seguir con su puesto en la clínica y tuvo dos hijos. Nunca se arrepintió de su decisión. No estaban mejor económicamente pero sí más tranquilos. Cuando Gerardo le preguntó si el doctor Erraris seguiría ejerciendo, se sorprendió. ¿Cómo no iba a seguir ejerciendo si era su vida? Pensaba pasar uno de estos días o llamar por teléfono, pero lo había ido postergando. La casa del doctor no estaba lejos ni le quedaba a trasmano pero a veces porque se le hacía tarde, otras veces porque era muy temprano, siempre tenía una excusa. Le daba vergüenza ir. Ni siquiera lo había llamado por años, así que le daba vergüenza y lo postergaba, y más tiempo pasaba y más vergüenza le daba. El tiempo no había ayudado, sólo ayudó lo que hizo por decisión propia y lo postergado así quedó, esperando el olvido entre ella y el doctor Erraris. Por eso se sorprendió cuando la fueron a buscar una noche a su casa. Primero se enojó. “No son horas para tocar el timbre”, —pensó. Vio desde la ventana a una mujer extraña en la puerta, y luego sí, se sorprendió como solo ella sabía hacerlo, con cara de sorprendida y todo, al reconocer a la sobrina del doctor Erraris. Prácticamente no había tenido trato con ella y hacía

mucho tiempo que no la veía. Deberían haberse cruzado menos de cien palabras en los dos años que estuvo viéndose con el viejo y ahora estaba ahí, en la puerta de su casa.

—¡Hola!, ¿qué dice tanto tiempo?

—Mi tío la necesita.

—¿Qué pasó?

—Está mal, la necesita, me mandó a buscarla.

—¿Dónde está?

—En su casa, creo que se está muriendo.

## XVIII

Llegaron en menos de quince minutos a la casa del doctor. Cuando Carla estuvo ante él, tuvo que hacer un gran esfuerzo para no manifestar su asombro. Era lo menos que le debía, no para no asustarlo ya que aparentemente estaba inconsciente, sino para tener la delicadeza de manejarse como él lo hubiera querido, como él le había enseñado hacía varios años ya. El viejo había perdido peso y respiraba con dificultad, como si cada bocanada le demandara un trabajo formidable. Estaba en las últimas.

—¿Cuánto hace que está así? —preguntó Carla.

Para su sorpresa fue el viejo el que le contestó en un susurro.

—Dos días.

Carla se sobresaltó con una pequeña sacudida de todo su cuerpo, y se le quedó mirando. No esperaba que todavía pudiera hablar y mucho menos que la reconociera. Se miraron a los ojos unos segundos. Parecía no haber palabras que justificaran romper el silencio. Finalmente el viejo fue otra vez el que habló:

—No se alarme, llevo solo dos días así, empecé a declinar hace quince, me llegó el momento de estirar las patas —terminó con una levísima sonrisa.

A Carla se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿Cómo había dejado de verlo por tanto tiempo? Había compartido con él tantas horas de estudio y formación, y ni siquiera sabía si estaba casado, si tenía hijos. No lo había conocido, ¿o lo había conocido mejor que muchos? Se sentía mal, sentía que lo había abandonado. ¿Cómo, después de todo lo que le había enseñado, de las horas incontables que le había dedicado, pudo dejar a este hombre entrañable en el olvido?

—No lloriquee, sabe que no lo soporto y no está nada bien que una profesional se quiebre ante un enfermo, no la llamé para eso.

—¿Qué puedo hacer?

—Usted sabe, yo mismo se lo enseñé, mi energía vital está agotada pero anda dando vueltas sin tomar el rumbo. —Se tomó un respiro y siguió—: ¿Ya le expliqué una vez que la energía vital es una cualidad intangible que se constituye en la base de toda vida que exista en el Universo?, sí, creo que se lo expliqué, lo que me olvidé de contarle es que no solo es indispensable para la vida, también es estúpida; no, estúpida es muy inexacto... no tiene inteligencia, es una maravilla por sí misma, pero la inteligencia es sólo nuestra; y ahí anda dando vueltas y haciéndome agonizar.

Hablar un par de minutos lo había agotado, pero había permitido que Carla se recuperara y esperara en silencio lo que sabía que le iba a pedir. Podía haberle ahorrado el tremendo esfuerzo de volver a hablar, pero era indispensable que se lo dijera en forma directa, sin que quedara ninguna duda. Y entonces se lo dijo:

—Necesito que me seleccione una potencia alta, ya traté de hacerlo solo y no pude.

Carla lo miró con curiosidad, con la misma mirada interrogante de sus primeros encuentros, pero no dijo palabra.

—Ahí está mi botiquín, elija —continuó el viejo— usted sabe que es muy difícil, casi imposible que un homeópata se prescriba bien a sí mismo, si no fuera así no la haría pasar por esto, fíjese cuál es, estoy seguro de que lo va a sacar, usted me conoce bastante.

Había muchos medicamentos posibles y esto solo funcionaba si se hacía bien, con precisión absoluta, seleccionando uno solo, el medicamento y la potencia justa para él en ese momento. Mientras observaba el botiquín del doctor, le preguntó sin mirarlo, sabiendo cuál sería la respuesta, le preguntó más para ella que para él:

—¿No quiere ir a un hospital?

El viejo negó con la cabeza mientras sonreía con indulgencia.

Luego le dijo en cortos resuellos apenas audibles:

—Aunque sé que es una exageración en estos días, iba a cumplir 98 y sin ningún remordimiento; hasta hace quince días atendí a mis pacientes, no me puedo quejar, no estuve casi nunca enfermo, alguna ñaña muy de vez en cuando, y viví haciendo lo que más amaba; si creyera en Dios pensaría que el hijo de puta se olvidó de llevarme.

Carla sacó un frasco con una dilución en alcohol, y llenó el gotero por la mitad. Su mano tembló todo el trayecto hasta los labios del viejo, donde vació el contenido gota a gota. Luego él movió sutilmente la cabeza en un gesto casi imperceptible de interrogación. Carla le acercó el frasquito para que viera la etiqueta, y el viejo no pudo evitar sonreír. “Ése era, el muy guachito”, dijo susurrando para sí. Cerró los ojos y su cara se fue relajando mientras entraba en un sueño suave del que Carla sabía que no iba a volver. Se quedó unos minutos más junto a la sobrina del doctor, como en una despedida, como cuando se va uno de esos grandes barcos y uno se queda mirando cómo se pierde en el horizonte llevándose a quien más quiere. En silencio la sobrina del doctor acompañó a Carla hasta la puerta, donde se dijeron algunas palabras intrascendentes de consuelo mutuo e inútil. Solo una frase sacó a Carla de su sopor:

—Quizás, si no se hubiera preocupado tanto por sus pacientes hubiera podido vivir diez años más, pero para él no hubiera valido la pena.

Carla se encontró caminando aturdida hacia su casa por esas mismas veredas por las que caminaba cuando salía de verlo a él. Eran

muchas cuadras pero las necesitaba, necesitaba esas veredas anchas, bordeadas de gigantes árboles frondosos que juntando sus copas transformaban la calle en un túnel de verdor y frescura. Un puño de hielo le apretaba el corazón. Se iba secando las lágrimas cuando su vista se cruzó con unas adolescentes que charlaban y reían en la puerta de uno de los chalets ingleses de tejas rojas. Quiso disimular que venía llorando y giró la cara hacia un costado cuando pasó junto a ellas, pero había visto algo que la hizo mirar a una de las chicas nuevamente, unos ojos que conocía, o que había conocido en otro tiempo. Se detuvo un breve instante y luego retomó su caminar otra vez, ya más calmada. Caminaba más rápido, y más, y más a su casa, con sus hijos, y sonreía. Los ojos de la chica esa —estaba segura— eran los de la nena que hacía varios años ella no había podido salvar. Es ella —pensó— mientras caminaba dejando atrás su agobio. Su maestro no estaría más, pero todavía tenía algunas cosas más que aprender y mucho por hacer.

## XIX

Apenas Carla se fue, Mari se sentó junto a su tío y allí se quedó hasta que estuvo segura de que había muerto. No se percató del momento justo porque su respiración se fue haciendo cada vez más y más sutil. No lloró, sabía que a su tío no le gustaban las lágrimas. Lo miró un rato, luego le tapó la cara con la sábana. La impresionó el silencio que había en la casa. No era nuevo, esa era una casa de silencios y su tío se movía casi en puntas de pie para preservarlos. Pero no era ausencia de sonidos ni el silencio era de ausencia, era silencio de no presencia. Le agarró una profunda angustia, recordó que ya la había sentido alguna vez y que cuando se lo había comentado a su tío con la esperanza de que se lo solucionara con uno de sus medicamentos, éste le había entregado un libro diciéndole “Tomá, leé a Heidegger”. Ella lo había hojeado y al notar que estaba en alemán, su tío se había anticipado a sus quejas

proponiéndole “Es una buena ocasión para aprender”. Mari volvió de pronto a la realidad sorprendida de su risa. Luego fue hasta el consultorio para respirar ese aire tan especial, tan distinto que allí había, hasta la luz parecía distinta a la de cualquier otro lugar en el mundo cuando se ingresaba a ese lugar de la casa que parecía tener algo de sagrado. Vio el antiguo instrumental médico que su tío cuidaba primorosamente, tocó los libros, esos viejos libracos desde donde le hablaban los misteriosos maestros que el viejo reivindicaba como propios, tan gastados que parecían a punto de desintegrarse a pesar de que él los manipulaba como si fueran bebés recién nacidos. Uno de ellos había quedado abierto sobre el escritorio, era el más grande y estaba en inglés, era el Repertorio de Kent. Estaba lleno de anotaciones en los márgenes y en cada espacio sin imprimir. Acarició la prolija escritura de su tío que se sucedía hoja tras hoja agregando a esa inmensidad de conocimientos los propios, su vida misma. ¿Qué iba a hacer con ellos, acaso alguien en el mundo podría entender el significado de sus aclaraciones y agregados, existía alguien que pudiera valorarlo? Ténues rastros de una vida extraordinaria destinados a desvanecerse en el tiempo. Al recordar, le pareció escuchar la voz de su tío cuando le decía “No puedo separar lo que soy de lo que hago, le pasa a todo aquel que tiene la aspiración de curar”. Entonces sí, se sentó en la silla que usaban los pacientes y se permitió llorar, pero solo un ratito.